

MIS PADRES Y YO

PUBLICADO EN EL MALPENSANTE, 2002

Salomón Kalmanovitz

Mis padres tuvieron poca educación. Mi papá era originario de lo que hoy es Bielorrusia, en su momento Lituania. Fue educado en la religión judía, podía leer hebreo y escribir en yiddish, hablar lituano y algo de ruso, sabía hacer las operaciones aritméticas básicas y se orientaba por puntos de vista conservadores no sólo en política sino en todos sus hábitos. Aprendió a hablar español con un marcado acento eslavo que a mí me hacía sentir inadecuado. Mi mamá cursó algunos años de educación secundaria en Polonia, pero no pudo terminarla. En su familia hubo socialistas y laboristas del movimiento llamado Bundt, según me enteré tardíamente con sus familiares en Nueva York, pero ella fue apolítica toda la vida. Ayudaba a mi papá con la cacharrería en Barranquilla, y él la respetaba mucho porque era buena y rápida para los negocios. También hablaba el español mucho mejor que él. La buena marcha del negocio nos permitió entrar en el mundo de la clase media con todas sus comodidades.

A pesar de sus carencias, mis padres valoraban, como todos los judíos europeos, la educación que para ellos se expresaba en el respeto por los estudiosos de la Ley: los rabinos. Pero también por el aprecio a todas las profesiones liberales y técnicas. Tanto yo como mis dos hermanas fuimos apoyados para hacer estudios universitarios y de postgrado, a pesar de que ellos no entendían muy bien lo que el estudio representaría en nuestras vidas. En mi caso, terminé apartándome de la vida comunitaria y religiosa, o sea de las que para ellos eran las defensas últimas de nuestra existencia.

Primero estudié ingeniería química en la Universidad Industrial de Santander. Allí descubrí que ésa no era mi vocación y me sentí atraído por la izquierda, encarnada en la persona del dirigente y agitador estudiantil Jaime Arenas, posteriormente asesinado por la dirección del ELN. Todavía en la UIS no perdía el miedo que nos ronda a los hijos de los inmigrantes a la hora de meternos en política, pero quedó fijo el interés y la curiosidad por las doctrinas que prometían arreglar el mundo. Había interrupciones frecuentes en el sistema universitario colombiano y eso me sirvió para justificar un viaje a estudiar a los Estados Unidos, opción que antes mis padres habían esquivado por costosa. Pero así y todo me apoyaron durante los siete años que pasé estudiando allá, primero el llamado “liberal arts” en filosofía y ciencias sociales, y después un postgrado en economía.

En Estados Unidos me sumergí en un sistema educativo que induce a los estudiantes a buscar sus vocaciones, cada cual tratando de identificar su “llamado” y sus talentos, experimentando con las diferentes disciplinas pero también dándoles una base sólida en ciencias, particularmente en biología. Aprendí el método académico de argumentar racionalmente con pruebas, con una escritura cuidadosa, con el reconocimiento de la literatura sobre el tema y con la modestia del que sabe que sólo aporta marginalmente a ella. Se trata también de romper con las tradiciones parroquiales, religiosas y familiares, de sumergirse en el mundo cosmopolita del conocimiento y de comprometerse a fondo con la vocación escogida.

A mis padres —particularmente a mi madre— les dolió mucho que yo abandonara las viejas costumbres y que me rehusara continuar con el negocio de la familia. Para mí fue un salto al vacío pues implicaba abandonar un modo de vida confortable y seguro para asumir una vida académica, bastante estoica, más los riesgos de la política que siempre han sido altos en el país. Nunca se me ocurrió criticar a mis padres por pretender que yo continuara viviendo en el mundo que ellos habían creado, ya que era lo único seguro que conocían y porque querían lo mejor para mí. Lo que hice al rehusar compartirlo fue forjarme uno más acorde con mis inclinaciones. En eso consistió, para mí, alcanzar la mayoría de edad.

Los Estados Unidos vivían en los años sesenta un momento de transición y de formación del movimiento contra la guerra del Vietnam que muy rápidamente acogió al marxismo occidental, o al menos a una visión empirista y pragmática del mismo. En 1963 llegué a Boston y no me acuerdo cómo fui a parar al Parque de los Comunes donde Bob Dylan y Joan Baez ofrecían un concierto gratuito. Quedé enamorado de la voz de la Baez y conmovido por las letras poéticas de Dylan, que llamaban a la acción contra la guerra y contra el conformismo de las clases medias. Fui perdiendo entonces el miedo a la política en la medida en que cientos de miles de jóvenes se comprometían a marchar contra la discriminación racial y contra la intervención de Estados Unidos en Vietnam y en el resto del mundo. Me entusiasmé por las ciencias sociales y tomé cursos en sociología, historia y economía.

En 1967 me trasladé a Nueva York para hacer un doctorado en economía que me permitía profundizar en el marxismo pero que también me daba solvencia en la profesión como tal. Para ello, debía apropiarme también de la caja de herramientas de la economía capitalista. Milité en un grupo maoísta y a la vez en uno camilista con el que sacábamos un periódico en Nueva York que se llamó *La gaceta chibcha*. Algunas de las personas con las que trabajé brevemente terminaron con un grupo conocido como los Weathermen que se dedicó a prácticas terroristas. El nombre proviene de “Subterranean Homesick Blues”, la famosa canción de Dylan que dice: “no se necesita de un pronosticador del tiempo (weatherman) para saber de qué lado sopla el viento”.

Hacia 1970 Estados Unidos anunció que se retiraría de Vietnam después de que millones de personas marcharon en todas las grandes ciudades del país. Ese año también me devolví a Colombia con el propósito de hacer avanzar el movimiento de izquierda, lo que me pareció continuar sobre la cresta de la historia porque encontré un movimiento estudiantil en auge, asociado con las luchas campesinas y opuesto a la política cerrada del Frente Nacional. Sin embargo, ya para 1976, para mi depresión, este movimiento se había agotado, y lo que sobrevivió fue canalizado luego por los sectores más radicales, que lo lanzaron a la aventura de la lucha armada.

Milité en uno de los grupos trotskistas, no tanto porque me gustara Trotsky sino porque simbolizaba el rechazo al estalinismo, o sea al despotismo político y el apoyo soterrado a la lucha armada o la oportunista y desastrosa “combinación de todas las formas de lucha”, y porque era el grupo más abierto a la discusión académica. Es claro que las vertientes locales del totalitarismo estalinista terminaron justificando el crimen de lesa humanidad y el crimen organizado para financiar sus tenebrosos proyectos políticos que en la práctica reflejan más los medios atroces que sus fines paternalistas.

Pese a los cambios en mi accionar político, hay algo en lo que he mantenido la fe todo el tiempo: el poder de las ideas. La investigación puede contribuir a que entendamos mejor la sociedad para así poderla transformar, aunque cada vez creo menos que sea posible orientarla en la dirección que uno pretende. Una posible razón para que haya sobrevivido a las debacles de la izquierda y para mantener un público lector interesado en mis escritos es que he mantenido un compromiso con la búsqueda de la verdad. Todos mis trabajos cumplen con los requisitos académicos de hacer un planteamiento teórico que pretende ser coherente y sirva de base de la investigación; todos parten de la discusión de los trabajos relevantes en el área de que se trata, de la colección de las estadísticas pertinentes y aceptadas por la profesión y de su análisis objetivo. De esa actitud metodológica provinieron las conclusiones que en varias ocasiones me causaron problemas con mis copartidarios, por ejemplo cuando critiqué la teoría de la dependencia, que era esencial para el trotskismo. Habrá quien diga que ya desde entonces empezaba a pelar el cobre del reaccionario.

Si uno quisiera establecer los logros de mi agrupación política diría que fueron mínimos: unos cuantos peles intelectuales nadando en la marejada de la historia, sin poderla conducir a ninguna parte. No fuimos ningunos lenines; a lo sumo unos pensadores y activistas que tuvimos algún peso en la transformación de las ciencias sociales, en mi caso la historia económica, antes tan retrasadas por el hispanismo católico que predominaba en Colombia. Pienso incluso que fue bueno en fin de cuentas no haber logrado hacer la revolución, porque hubiéramos causado mucho daño a millones de personas, resolviéndole la situación a unos pocos.

El otro día haciendo zapping en el televisor me encontré con un programa de opinión donde aparecían Antonio Navarro Wolf y un reinsertado del EPL. Contaban que cuando estaban en la guerrilla monte adentro, se entusiasmaban leyendo mi libro *Economía y nación*, pues al parecer les justificaba “científicamente” sus azarosos sacrificios. Después se rieron diciendo: “ése era Kalmanovitz el bueno, antes que se volviera malo”, o sea un banquero central que tiene encomendada la defensa de la estabilidad económica y de precios, labor que en mi caso también lleva implícita la necesidad de impulsar la idea liberal. Los libros cobran vida propia y es poco lo que los autores podemos hacer al respecto. No obstante yo sentí culpa porque había escrito con el objetivo de que los lectores entendieran el país mejor y buscaran caminos que llevaran a la democracia y al progreso material, no para que se sintieran justificados imponiendo sus cortos modelos mentales mediante las armas. Ese sentimiento, que se insinuó cuando abandoné la militancia trotskista hace más de dos décadas, se ha ido solidificando muy lentamente a favor de un mundo organizado por la burguesía, pero donde las clases subordinadas puedan defenderse. También me ha llevado a trabajar para revisar lo escrito en el pasado y extender las ideas liberales que, con todo y el abuso del adjetivo, han logrado poca comprensión y difusión en la historia de Colombia.

En cierta ocasión Keynes, miembro toda la vida del partido liberal inglés, expresó que no entendía cómo Marx había planteado que el progreso y la libertad pertenecían al proletariado. Lo que se veía en la Unión Soviética era al Partido Comunista politizar despóticamente a su favor la justicia, el arte, la cultura y la ciencia, al tiempo que

erradicaba los más elementales derechos individuales. La burguesía, en cambio, favorecía el desarrollo técnico y científico, entendía que requería de universidades autónomas, le gustaba asumir el papel de mecenas de las artes y sabía que su suerte estaba asociada con la legitimidad política y con la objetividad de su sistema de justicia. Podía ser muy despiadada en la lucha de clases pero asimismo sabía auto controlarse. Lo requerido era que se dividiera en varios partidos políticos y que las agremiaciones de los trabajadores y de las clases medias pudieran debilitar su poder. El magistrado Oliver Wendell Holmes (1841-1935), miembro destacado de la Corte Suprema de los Estados Unidos, creía que la burguesía era una clase más creativa y cosmopolita que la de los trabajadores pero entendió y quiso garantizar que éstos tuvieran todas las garantías legales para defenderse de sus patrones.

Estoy entonces en proceso de volver a lo que aprendí en el territorio de las artes liberales sobre la construcción de la democracia representativa, sobre el poder central limitado por la separación de los otros poderes del Estado, incluyendo una banca central tan independiente como el sistema de justicia, con una representación adecuada de los trabajadores en el sistema político. Son ideas que he venido desarrollando también lentamente, como conviene a toda gestación intelectual, pero que despiertan también en mí la impaciencia.

Mi padre se sentía orgulloso de mí cuando todavía en el bachillerato le ayudaba a escribir las cartas comerciales de la cacharrería en los que, para él, eran de una mecanografía y un estilo impecables. Después, cuando les contaba a sus amigos que yo llevaba tantos años estudiando en los Estados Unidos, también lo hacía con orgullo. Murió antes de que yo alcanzara la alta posición que eventualmente obtuve. Mi madre se ufanaba de que su hijo escribiera libros, sobre todo que fueran reconocidos, y compartió algunos de mis logros. A mis hijos no quise imponerles ni mi ideología ni mi profesión y sus decisiones han sido autónomas. A ellos les dejo algo similar a lo que me legaron mis padres —toda la educación que quisieron absorber— pero además otra cosa que a mí me correspondió lucharla y forjarla: la libertad para escoger el propio destino.